

EL ASUNTO ocurrió cuando recién se ponían de moda las Preocupaciones Sociales, con mayúscula. O, para ser exactos, cuando recién se ponía de moda *hablar* sobre Preocupaciones Sociales. Y autoadjudicárselas generosamente, igual que el patriotismo, la buena fe y demás virtudes.

Fue en una comida. Tres o cuatro matrimonios competían a cuál se inquietaba más por los problemas del pueblo. Nadie quería quedarse corto, ni siquiera uno de los varones cuya trayectoria le daba indisputable derecho al título de momio, megaterio o simple retrógrado.

Blandía ejemplos edificantes, del tipo:

—Mira, si yo ubico a los rotos que trabajan conmi-go, pusom. A los más limpios les doy una palmadita en la espalda y les pregunto por la familia.

Y por si eso fuera poco:

—No hay Pascua en que no le compre su regalito a la... ¿Cómo se llama la china, miya?

—Matilde —consuetedó su cónyuge.

—A la Matilde. Ahí tienen.

El tipo estaba tan obviamente satisfecho con sus actuaciones sociales que otro de los contertulios —no momio, o un poco menos momio— decidió someterlo a prueba. Con ese fin urdió un plan con ciertos ribetes maquiavélicos.



Guillermo Blanco

La mujer invisible

25-31 Dic. 1968

Para conocerlo, trasladémonos, como diría un novelista del siglo pasado, a otra comida, en una casa de ambiente similar y al cabo de cinco o seis semanas.

PERSONAJES, casi los mismos: sólo faltan el escéptico y su cónyuge. Los demás Preocupados están ahí, beben sus aperitivos, intercambian comentarios y pelambres, pasan a la mesa. Cenán. La charla se mantiene en el terreno habitual y trivial. Nadie menciona la discusión anterior.

A la hora de los postres, batatazo.

El caballero de los regalos de Pascua y las palmaditas recibe una en la espalda. Se la da el mozo que había estado sirviéndoles, y que —para seguir parodiando al novelista de marras— “no era otro que el comensal ausente”. El de las dudas. El no momio o menos momio.

Sorpresa, acholo y todo lo demás.

La moraleja es tan de cajón que casi no vale la pena sacarla. Sería interesante, en cambio, echar una mirada hacia adentro y ver quiénes estarían en condiciones de no ponerse el sayo. O sea, quiénes *ven* a las personas que les sirven, ya sea cuando van de visita, ya cuando entran en una fuente de soda o en un restaurante.

Es fácil someterse a prueba: ¿Usted no vacila, cuando

llega la hora de pedir la cuenta, entre este joven y el de más allacito? ¿No? ¿De veras? ¿Nunca?

HAY SIEMPRE la posibilidad de explicar esto argumentando que se trata de encuentros ocasionales. Lo cual es verdad hasta por ahí.

Pero ¿qué pasa en el frente interno?

O sea, ¿qué pasa con la propia empleada, por ejemplo? Si un sociólogo —o algún otro ólogo— hiciera una encuesta para determinar cuántas patronas saben los apellidos de sus colaboradoras domésticas, es casi seguro que el resultado sería desastroso. Y si la encuesta incluyera preguntas sobre el padre, la madre, la familia (¿Están vivos? ¿Son de aquí o del campo? ¿Tienen problemas, enfermedades?), el asunto adquiriría las proporciones de una catástrofe nacional.

La verdad es que en la mayor parte de las casas existe un núcleo familiar y una mujer invisible, acerca de la cual casi todo se ignora, o no interesa. O interesa en teoría, que viene a ser la misma jeringa con un bitoque ligeramente distinto.

Entre tanto, claro, ¿quién no tiene Inquietudes Sociales? ¿Quién no es De Avanzada en la sobremesa, aunque no sepa nada de la persona que se mueve a su espalda para atenderlo?

HAY MAS. Muchas señoras pintan la situación de sus empleadas como algo envidiable. Tienen techo y comida, dicen, y les queda el sueldo librecito.

Es cierto.

La mujer invisible dispone de un cuarto, debidamente aislado del de la familia. A veces hasta con un poco de sol a tal o cual hora. También cuenta con un baño, sin tina y no siempre con agua caliente. Y puede desayunar, almorzar, tomar once, comer, una vez que hayan terminado los habitantes del hogar.

Ella no es eso. Aloja y se mueve cerca de todos, pero *vive* sola. Es raro el caso en que puede compartir un chiste, un pesar, una confidencia. Si se enamora, el hecho no es un milagro como para el resto de la gente joven, sino un lío. Serán pocos, quizá, los que la hieran con mala intención. Sin embargo, la hieren, y a menudo en la peor forma: no viéndola.

Sí, se habla mucho del “problema de las empleadas”. Pero se trata de que están escasas, de que salen muy a menudo, de que aspiran a esto o aquello. Es la coronación irónica del drama: el problema de las empleadas no es el problema de las empleadas, sino de las patronas.

Para variar. ■